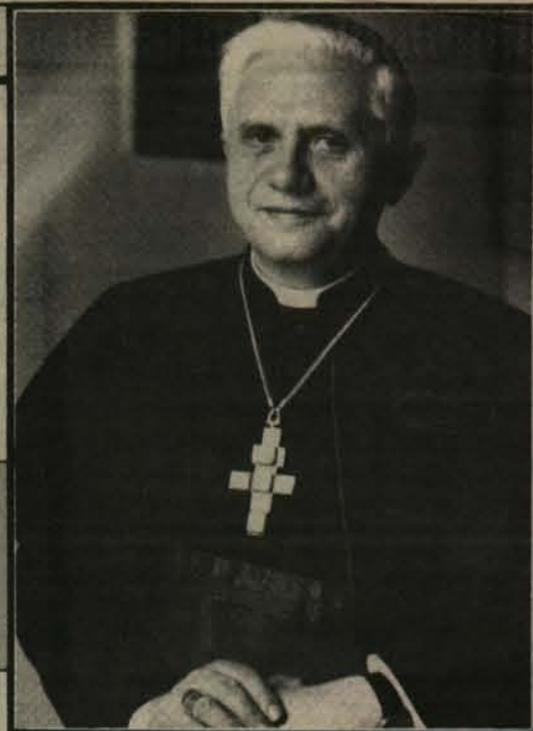


¿Quién es realmente el Cardenal Joseph Ratzinger?



Por Lillian Calm

Cardenal Ratzinger: su fidelidad al paso de Dios.

■ El porqué de la trascendencia del prelado que mañana llega a Chile.

Poco más de un año después de la visita pastoral que el Papa Juan Pablo II hiciera a nuestro país, mañana llega a Chile el cardenal Joseph Ratzinger. Invitado por Caritas y por el Episcopado, viene también a realzar, con su presencia, el centenario de la Pontificia Universidad Católica.

Como "el hombre de mayor confianza del Papa Juan Pablo II" lo definió hace ya casi cuatro años una revista italiana. Desde entonces, el cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe (ex Santo Oficio) —quien hasta ese momento ya era conocido por su trayectoria teológica y por su acción pastoral como arzobispo de Munich— se revela por primera vez como una pieza clave dentro del actual proceso histórico que vive la Iglesia. Esa entrevista (publicada en la revista "Jesús") lo convirtió en polémico blanco de encarnados opositores. El "Corriere della Sera" lo definió como "el autor de la restauración en la Iglesia". Por su parte, "Il Tempo" titulaba: "Ratzinger explica la crisis del post-concilio: a su juicio, los resultados son opuestos a las esperanzas que de él tenían los Papas". Otras fuentes lo definieron entonces como "un alemán agresivo, de talante orgulloso; un asceta que empuña la cruz como una espada". O como "un Panzer-Kardinal que no ha dejado jamás los atuendos fastuosos ni el pectoral de oro de Príncipe de la Santa Iglesia Romana". El izquierdista "La República" iba aún más allá en su titular: "Ratzinger ataca a las Conferencias Episcopales. Ratzinger juzga a la Iglesia y da la bienvenida a la restauración. La reforma del Papa en camino, y la restauración del jefe del Santo Oficio". El periódico reservaba su tipografía más destacada para lucubrarse: "Y la Iglesia volvió atrás. Wojtyla y Ratzinger, una sola estrategia".

Entre San Agustín y San Buenaventura

Nacido el 16 de abril de 1927, por ascendencia paterna pertenece a una familia de agricultores de la Baja Baviera; por el lado materno sus antepasados eran artesanos. Se enroló en los servicios auxiliares antiaéreos, pero ello fue por poco tiempo. La Segunda Guerra Mundial terminó y él pudo seguir su vocación. Entre 1946 y 1951 estudió filosofía y teología en la escuela superior de Frisia y en la Universidad de Munich. El día de San Pedro y San Pablo de 1951, fue ordenado sacerdote, pero sus estudios continuarían. Con la tesis "Pueblo y casa de Dios en la doctrina eclesiológica de San Agustín", se doctoró en Teología (1953). Cuatro años más tarde obtenía su título de magisterio con el trabajo "La Teología de la historia de San Buenaventura".

Profesor de dogmática y teología fundamental, ha enseñado en Frisia, Bonn, Münster y Tubingia. En 1969 comenzó a enseñar dogmática e historia de los dogmas en la Universidad de Ratisbona, de la cual llegó a ser vicepresidente.

Perito en El Vaticano II

Hace ya más de diez años, poco después de haber recibido la ordenación episcopal, "L'Osservatore Romano"

escribía de él: "Su actividad científica le ha hecho viajar con mucha frecuencia por el extranjero, dando conferencias en todo el mundo, principalmente en Irlanda, Colombia y Francia. Como teólogo, ha estado siempre presente en el diálogo sobre las ciencias eclesiológicas con numerosas publicaciones, de auténtico especialista, con proyección hacia la praxis pastoral".

Esa misma reseña se refería a su participación en el Concilio Vaticano II, en el cual "se distinguió" como perito cuando sólo tenía 35 años. ("Los obispos alemanes tenían ya en él su confianza. Después del Vaticano II lo nombraron miembro de la Comisión para la Fe de la Conferencia Episcopal. Y Pablo VI, al constituir en 1969 la Comisión Teológica Internacional, lo nombró miembro de la misma".)

"Cooperador de la Verdad"

Como recordaba "L'Osservatore Romano", este prelado, que eligió como lema episcopal para su escudo "cooperatores veritatis" (cooperador de la verdad), ha destacado por sus muchos ensayos y libros, donde se refiere a los grandes temas de la teología. En su capítulo "La Iglesia en el año 2000" (de "Dogma y Revelación", publicado en 1973) subraya el papel de los santos en la historia de la Iglesia: "Diciéndolo en términos positivos: el futuro de la Iglesia, hoy como ayer, será construido por los santos...".

El periódico vaticano continuaba: "Hablando ante la Academia Católica Bávara sobre el tema: '¿Por qué estoy en la Iglesia?', dijo: 'Sólo en la Iglesia es posible ser cristiano, no junto a la Iglesia'. Citaba también otra intervención suya: 'El campo de la teología sigue estando abierto del todo. Sigue siendo siempre el problema del rostro de Dios hasta cuando El venga, y entonces El será la respuesta a todas las preguntas'".

Pero el experimentado "L'Osservatore Romano", ante la personalidad y la obra de Monseñor Joseph Ratzinger terminaba por darse literalmente por vencido al señalar: "No es posible resumir en pocas líneas el pensamiento de un teólogo de tanta altura, un estudioso que tiene publicadas obras de excepcional categoría (...) Tampoco es posible presentar ahora su mentalidad y su inquietud pastoral, una inquietud que le ha acompañado siempre desde que, siendo aún joven sacerdote, inició el ministerio trabajando en la vida parroquial".

"Proteger la fe de los intelectuales"

Ello, sin embargo, está muy lejos de significar que él intelectualice la fe. Por el contrario. A principios de la década del setenta, ante el rumbo de las corrientes teológicas, se detiene para señalar: "El creyente cristiano es una persona sencilla: los obispos tienen que proteger la fe de esa gente

sencilla contra el poder de los intelectuales". Es entonces cuando acomete la difícil tarea contra quienes antes habían estado muy cerca de él: Hans Küng y Karl Rahner. También es partidario de sancionar a otro inspirador de las nuevas ideas teológicas: Juan Bautista Metz. Rechaza la sociologización de la teología, y dirá: "La Iglesia no está más presente donde se desarrolla la organización, la reforma o el gobierno, sino en aquellos que creen sencillamente en ella". Y así, quien en la década de los sesenta se había referido sin ambages al "encorsetamiento" de la Iglesia, ahora proclama abiertamente: "Lo que ha devastado a la Iglesia durante la última década no ha sido el Concilio, sino la negativa a aceptarlo en su totalidad".

Quizás donde su pensamiento está más al alcance de quienes él define como "esa gente sencilla", pero también de todos los fieles, intelectuales o no, es en el libro "Informe sobre la fe", que resume la más extensa de las entrevistas que él haya concedido. ¿El entrevistador? El periodista italiano Vittorio Messori, experto en temas religiosos. Fue precisamente el avance de esa entrevista el que se publicó en la revista "Jesús". Es a él a quien le confía esa frase, clave de su propio accionar, que explica, en parte, la trascendencia que ha tenido el cardenal Ratzinger en el momento que hoy vive la Iglesia: "Estamos llamados a reconstruir la Iglesia no a pesar, sino gracias al verdadero Concilio". Según él, a este verdadero Concilio, al menos en su diagnóstico, "se contrapuso ya durante las sesiones y con mayor intensidad en el espíritu posterior, un sedicente espíritu del Concilio, que es en realidad su verdadero antiespíritu (...) Es el antiespíritu según el cual la historia de la Iglesia debería comenzar con el Vaticano II, considerado como una especie de punto cero".

Ni saltos, ni rupturas: sólo continuidad en la Iglesia

Y, quizás, la gran trascendencia del pensamiento del cardenal Ratzinger radique también en su fidelidad al paso de Dios. Considera necesario "oponerse decididamente a este esquematismo de un antes y de un después en la historia de la Iglesia (...) No hay una Iglesia 'pre' o 'post' conciliar: existe una sola y única Iglesia que camina hacia el Señor, ahondando cada vez más y comprendiendo cada vez mejor el depósito de la fe que El mismo le ha confiado. En esta historia no hay saltos, no hay rupturas, no hay solución de continuidad. El Concilio no pretendió ciertamente introducir división alguna en el tiempo de la Iglesia". Y aclara que el Vaticano II no quería "cambiar" la fe, sino "reproponerla" de manera eficaz.

¿Restauración? El cardenal responde a Vittorio Messori: "Si por restauración se entiende un volver atrás, entonces no es posible restauración alguna. La Iglesia avanza hacia el cumplimiento de la historia, con la mirada fija en el Señor que viene". Y cifra las esperanzas del Concilio en los santos: "Como decía Juan Pablo II, conmemorando en Milán a San Carlos Borromeo: 'La Iglesia de hoy no tiene necesidad de nuevos reformadores. La Iglesia tiene necesidad de nuevos santos'".

Lefebvrismo y Teología de la Liberación

Sin ambigüedades, el cardenal Ratzinger hace frente a temas tan dispares como el lefebvrismo o la teología de la liberación, o lo que a veces puede resultar más candente aún, las conferencias episcopales. "...en muchas conferencias episcopales, el espíritu de grupo, quizás la voluntad de vivir en paz, o incluso el conformismo, arrastran a la mayoría a aceptar las posiciones de minorías audaces decididas a ir en una dirección muy precisa (...) Conozco obispos que confiesen en privado que si hubieran tenido que decidir ellos solos, lo hubieran hecho en forma distinta de como lo hicieron en la conferencia. Al aceptar la ley del grupo se evitaron el malestar de pasar por "aguafiestas", por "atrasados" o por "poco abiertos". Resulta muy bonito decidir siempre conjuntamente. Sin embargo, de este modo se corre el riesgo de que se pierda el "escándalo" y la "locura" del Evangelio, aquella "sal" y aquella "levadura" que hoy, más que nunca, son indispensables para un cristiano ante la gravedad de la crisis, y más aún para un obispo, investido de responsabilidades muy concretas respecto de los fieles".

Figura trascendente

Alain Besançon, de "L'Express", sintetiza muy bien otra de las características que han hecho del cardenal Ratzinger una figura trascendente en la historia actual de la Iglesia. Se pregunta: "¿Qué encontramos en él?". Y se responde: "Nada que no haya sido dicho, desarrollado, afirmado y creído desde —van a ser dentro de poco— dos milenios. Ratzinger recuerda lisa y llanamente la doctrina católica (...) Sabiamente el cardenal no abandona, pues, nada del dogma, ni el purgatorio, ni las indulgencias, nada de la liturgia, nada de la disciplina de los sacramentos, nada del catecismo. Cumple así con los deberes de su función y permanece integralmente fiel a todos los concilios, incluyendo, por supuesto, el último. Pero lo hace con inteligencia, relacionando todas las partes y el detalle de esas partes con el centro, donde esto cobra sentido".